

La carta del soldao

No he tenido carta tuya,
pero de mi madre sí...
¡y aún no le he escrito á mi madre
y otra vez te escribo á tí!
Me dicen algunos que pa qué te escribo...

¡Ay qué bien que se habla!...
¡Yo te escribiría, aunque me digeran
que á tus manos no llegan mis cartas!...

Te escribo y asina, nenica, me pienso
que te hablo lo mesmo que enantes te hablaba,
sentaícos los dos en el poyo... ¡cuánto tiempo que
Tu madre cosía... los nenes juában... (hace!...

Hay quien asegura
que con otro mozo del pueblo te casas...
Mi madre me escribe ¡pero no me mienta
de esto una palabra!...
¡Por qué no me escribes tú también, nenica?...
Yo nunca me creo náica de esto que hablan:
pienso que muy fácil
se pierden las cartas;
pienso, sin sosiego,
que pué que estés mala...
Por eso te escribo: pa hacerme la cuenta
de que siempre te hablo... de que no me engañas...
¡Pa hacerme la cuenta de que no hay otro hombre
que en el poyo te habla!...

Yo quiero que veas
que nunca por nunca mi querer te falta...
yo quiero que veas que de tó me acuerdo...
¡que estoy con el alma
siempre en la sendica
que vá pa tu casa!...

Por eso te escribo...
¡por eso te escribo larguica la carta!...
Pa negar y negar que me olvidas,
pa negar y negar que me engañas,
pa que veas que soy siempre el mesmo...
¡aquel que en el poyo te hablaba y te hablaba!...
¡Cuánto tiempo que hace!...
Tu madre cosía!... ¡los nenes juában!...

¡Qué triste me he puesto!...
Mira qué coplica de cantar acaban:
Cuando vuelva, si es que vuelvo,
¡Dios sabe lo que hallaré!...
Si una bala mata un hombre,
¡el tiempo mata un querer!

Carta de mi madre... De tí... ¡cuánto tiempo
que no tengo carta!

Dicen que, de fijo, de mi no te acuerdas...
que con otro mozo del pueblo te casas...
¡Por qué no me escribes?!... ¡Por qué no me dice,
de tó esto, mi madre, siquiá una palabra?!...
¡Qué triste me he puesto!...
¡qué triste me he puesto, nenica del alma!...

La guerra

Con un retraso de bastantes meses
llegó, nena, tu carta,
que nos vino siguiendo
en peregrinación, anda que te anda,
como si es que el cariño que trae le diera fuerzas
pa que hasta el fin del mundo nos buscara...

¡Pero qué triste viene,
nena, tu carta!...

Algo habíamos sentío de guerra, pero nunca
á lo que tú nos cuentas nuestro pensar llegara.
Cuando yo fuí soldao y juré la bandera,

en un discurso largo (palabras y palabras)
en que tó se volvía
que el honor, que la patria...
y en que ná se entendía,
ni iba ná dista el alma,

ni una ves nos mentaron á nuestras pobres madres
que en la aldea lloraban,
ni á nuestras novias tristes,
ni, menos, la ruina
cierta de nuestras casas...

y al hacer que besáramos, casi á la pura fuerza,
aquella crus que forman la bandera y la espada,
me paeció que á las madres (la tierra verdaéra
y las que nos llevaron dentro de las entrañas)
me paeció que á las madres

el querer de sus hijos les robaban
pa otra madre postiza y en un beso forzáo...
pa otra madre postiza... ¡la madrastra!

¡Pero qué triste viene,
nena, tu carta!...

Veo que se llevaron

á muchos reservistas que casáos estaban.
sus mujeres,avía jovencicas,
atolondrás y asustaícas andan
con sus nenes pequeños en los brazos,
como palomas que del nío espantan...
¡Ande irán, jovencicas, sin pareja ni amparo!
¡Y á sus criaturicas, qué suerte les aguarda?

Veo también que se han lleváo al nieto
del tío Juan el Patriarca...
dos hijos le mataron
y el nieto les faltaba...
¡entre Melilla y Cuba y ahora otra ves Melilla,
darán fin de esa raza.

Y á to esto, huyendo muchos
de la guerra, se escapan
sin saber ande van, por esos mundos
y por tierras lejanas,
dejando sus familias
desamparás y en la mayor desgracia...
Y tuícos: las mujeres, los nenes y los hombres,
sin rumbo ni esperanza...
desparramaos... perdíos... como granos
(de arena
que estendió en su locura la borrasca!...

A más, por falta e brazos, abandonaos los campos...
cundiendo la miseria como la hierba mala...
y los pueblos, de solos y de tristes,

Vicente Medina

que como camposantos se trocaren...
En tó desolación, ruina y muerte,
que el ánimo se espanta,
¡como si allí, de ande salió la sangre
generosa y lozana,
¡fuera ande sin cuartel s'hizo la guerra
y en ande se libraron las batallas!...

Y la razón, nenica,
de esa guerra inhumana;
la razón que, de público,
se dice y se propala,
es que unos señorones (esos amos de tuíco,
que hasta en la vida y el sosiego mandan)
esos amos... pues tienen minas y capitales
que defender en Africa...

Y pa esto y otras cosas son aquellos discursos
(palabras y palabras...)
y, pa eso, de tu tierra y de los brazos
de tu madre te arrancan
y á pelear te llevan...
dicen, nenica, por la madre patria...
¡pobre patria!... ¡á qué cosas
sirve el sagráo nombre de pantalla!...
ni por patria peleas, ni por madre,
¡que vás á pelear por la madrastra!...
¡Qué triste que venía,
nena, tu carta!

Canciones de la Guerra

Los soldados

En la columna marchan,
cogidos como buenos camaradas, del brazo,
dos jóvenes reclutas
rubios como los mieses doradas de los campos...
Son casi niños; hablan
y evocan con encanto,
lentos de simple ingenuidad, la aldea,
las montañas azules y los valles lejanos...
Hablan de sus amores, de las fiestas alegres,
de su triscar, felices, en el prado...

Y al son de cantinelas infantiles
ó de amorosos fraternales cánticos,
¡á matar ó á dejarse matar en la pelea,
sin que sepan por qué, van los soldados!

El abejorrico negro

Dende que á la guerra, lo mesmico que una
rés al mataero,
se llevaron aquel hijo mío,
pa mí no hay consuelo...
Largos como siglos, pa mí son los días...
las noches, eternas... ni como, ni duermo...
de llorar, se me escurren los ojos...
de pensar, se me erriten los sesos!

¡Más cerquica, abora ¡hijo de mi vida!
páece que lo tengo!...
más cerquica, abora
que se halla tan lejos...
Delantico de mí, á tóicas horas
su imagen la veo...
Sombrica perene
de mi pensamiento...
¡clavo que en el alma
traspasáo llevo!...

¡Y es una agonía! su carta no llega...
Sin carta... ¡sin vida! pal caso es lo mesmo...
Un abejorrico negro me seguía
ayer en la casa y empués en el huerto,

y esta mañanica me salió al camino,
como si estuviera pa verme al acecho...
Se me helaba la sangre al sentirlo,
temblaba de verlo,
¡cuando á mí se acercaba zumbando,
erizá me ponía de miedo!...

¡Tengo una zozobra!...
¡vá ahogándome un peso!...
Hijo de mi vida! ¡Hijo de mi vida!...
¡Virgen del Amparo, si mi hijo se ha muerto!

El corazón del soldado

Era una niña con ojos
azules como la mar...
Era una niña preciosa
y era más buena que el pan...

Un mozo arrogante y guapo
la comenzó á cortejar:
ella escuchó reservada
y un poco triste y formal.

Luego, si estuvo en la guerra
le pregunta á su galán,
y el mozo le ha contestado:
—¡Cómo no había de estar!

Estuve y á gala tengo
no haberme quedado atrás:
sé que de mí el enemigo
triste memoria tendrá.

Nos hicieron daño y luego
bien les hubo de pesar:

el que cayó en nuestras manos
no volvió á contarle más.

De rodillas ¡miserables!
llegaron hasta á llorar...
¡ni á prisioneros ni á heridos
cuartel hubimos de dar!

Por la esposa y por los hijos
se ponían á implorar...
¡pronto de un bayonetazo
se les hacía callar!

Como ellos, ojo por ojo
y diente por diente, igual:
¡sin cuartel, lo mismo que ellos!
¡Rematados sin piedad!

Y, como ellos nuestros pueblos,
convertimos al pasar
los suyos en una hoguera,
sin pena ni caridad.

*

Lloraron los bellos ojos
azules como la mar
de aquella niña preciosa
que era más buena que el pan.

—No me cuente más horrores
ni me venga á cortejar,
que quien hace así la guerra
duro el corazón tendrá.

La madre que llora

Cayó, herido de muerte,
un soldado abrazando su bandera...
—¡Madre!—decía en su mortal delirio,
cual si estuviese entre sus brazos ella...
¡y su madre, la madre del soldado,
llorando día y noche estaba allá en la aldea!

La novia del soldado

I

¡Lástima de zagalica,
la de la casa del Alto,
la zagalica cantora,
que era el sentirla un encanto...
la de los ojos alegres,
que era una gloria el mirarlos!...
De aquella alegría hermosa
ni sombrica le ha quedáo...
¡ahiláica por la pena,
pasa el día suspirando!...

La guerra tiene la culpa:
la guerra que le ha robao
aquel mozo que le echaba
músicas con su guitarra;
aquél que tóas las noches
en el poyo, y á su láo,
l'icía cosicas dulces
al oído, platicando...

Solo alguna ves que tiene
carta del pobre soldao,
se consuela la zagala
y, por entre los naranjos,

se oye esta coplica triste,
en un tonico tan bajo,
que más páece que la llora,
que no que la está cantando:

Ojos que te vieron ir
por aquellos olivares,
¡cuando te verán volver
para alivio de mis males! (1)

II

¡Lástima de zagalica!...
Ya no suspiran sus labios...
ya no llora... ¡ya pa siempre
los ojos se los cerraron...
¡aquellos ojos alegres
que era una gloria el mirarlos!...
¡Qué rebonica hasta muerta!...
¡como un ángel se ha quedáo!
Cubierta está de azadares
en un ataulico blanco,
y la mortaja más blanca
que la nieve en los picachos...
blanca la cabecerica
en ande la han acostáo,
¡y blancas como azucenas,
también la cara y las manos!...

Florececa á medio abrir,
que el aire tronchó del tallo...
pajarico que la huerta
ya no alegrará su canto...

(1) Popular.

¡lástima de zagalica,
la de la casa del Alto!

¡Sus ojos ya no verán
volver al pobre soldao!...
aquel mozo que le echaba
músicas con su guitarro...
¡aquél que tóas las noches
en el poyo, y á su láo,
l'icía cosicas dulces
al oído, platicando!

Coplas

Más que en Africa, en España
se diría que es, la guerra...
¡páece que los enemigos
están más dentro que fuera!

Hacía falta negocio,
hacían falta entorchados...
pues una guerra y que el pueblo,
como siempre, pague el pato.

Ni soldaditos de plomo,
ni castillos, ni banderas...
¡una patá y que no quede
ni títere con cabeza!

Por no querer matar hombres
mataron á unos soldados...
¡luego, la gloria y la fama
para los que más mataron!

¡No me mientes la bandera!...
la llevaban unas tropas
que en las calles derramaron
sangre inocente española!...

¡La bandera!... ¡la bandera!..
¡más verdad! ¡menos patrañas!...
¡con la bandera encubrían
sus crímenes los piratas!

Como al toro, con un trapo,
pobre pueblo, te calientan...
¡como al toro, con un trapo
al matadero te llevan!...

La bandera de los pobres
debe ser la ropa blanca...
¡la bandera de la paz
de los pueblos que trabajan!

Cansera

—¡Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
arroyás y pegás á la tierra;
pa ver los sarmientos ruínes y mustios
y esnúas las cepas,
sin un grano de uva,
ni tampoco, siquiá, sombra de ella...
pa ver el barranco,
pa ver la laéra,
sin una matuja... ¡pa ver que se embisten,
de pelás, las peñas!...

Anda tú, si quieres,
que á mi no me quéa
ni un soplo de aliento,
ni una onza de fuerza,
ni ganas de verme,
ni de que me mienten, siquiá, la cosecha...

Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca
pise más la senda,
ni pué que la pase, si no es que entre cuatro
ya muerto me llevan...

Anda tú, si quieres...

No he d'ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas,
por esa sendica por ande se fueron,
pa no volver nunca, tantas cosas buenas...
esperanzas, quereres, suóres...

¡tó se fué por ella!...

Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...

Por esa sendica se fué la alegría...

¡per esa sendica vinieron las penas!...

No te canses, que no me remuevo;

anda tú, si quieres, y éjame que duerma,

¡á ver si es pa siempre!... ¡Si no me despertara!...

¡Tengo una cansera!...

Guerra á la guerra

Otra vez el augurio pavoroso
de guerra nos asalta...
¡otra vez espantosa y repugnante
la insensatez humana!
¿Qué librais, por mi vida, desdichados,
los que alentais esa contienda bárbara?
¿qué librais por mi vida?
¿por qué vais á luchar que tanto valga
como la vida hermosa
á la paz y al trabajo consagrada?
Señor, ¿qué altar es ese
que en holocausto de su fé reclama
el triste sacrificio
de las cosas más santas?
Señor, yo tengo madre... ¡como todas
de buena y desdichada!...
Señor, ¿qué altar es ese que la exige
pedazos de su alma
y días angustiosos sin consuelo,
llorando desolada?
Señor, ¿qué vale tanto
como valen sus lágrimas?

.....

¡No más guerras, por Dios; por el que un día
sacrificóse en aras
del amor de los hombres,
que como bien supremo predicaba!
No más guerras, por Dios; en nuestros campos
las juveniles fuerzas hacen falta,
mas no para luchar estérilmente:
la tierra las reclama
para darnos los bienes bendecidos
que pródiga nos guarda.
Fructífero sudor, sudor honrado
pide la tierra, de labores ávida;
no la regueis con sangre...
¡no la regueis con sangre, que se mancha!

.....

No más guerra por Dios; guerra á la guerra
y á los que atenten á la paz sagrada;
guerra de paz, de bien, de buen ejemplo,
guerra de tolerancia;
ceded todo derecho; dadlo todo;
cesen las viles ansias
y acaben, de una vez, las ambiciones
que la discordia fraguan.
No más guerras, por Dios... ¡tenga la madre
completa su nidada!

Cristo

El que no ama, no conoce á Dios; por que Dios es amor.

San Juan Apostol; Cap. 4 - Vers. 8

Ved en la cruz el mártir de su amor infinito...
¡es el Dios del perdón!... Sangra la augusta
corona del dolor sobre su frente
y, eternamente abiertos,
¡tiende á los hombres los amantes brazos!...

Amémonos en él, y redentora,
su dulce ley de amor haga la vida
reino de Dios, de paz y de ventura...
¡Amémonos en él, hombres, hermanos!...

Amémonos, y el fuego de nuestro amor extinga
rencores miserables, diferencias
de clases y de razas, de sectas y de cultos...

Borre nuestra bondad y tolerancia
todo humano delito...
¡condene nuestro espíritu piadoso
castigos y torturas y crueldades!...

Inagotable nuestro amor, conquiste
la alta prerrogativa de los reyes,

y sea patrimonio
de todos, el perdón, que haga, en los campos
de abrojos y de espinas,
¡brotar hermosas flores!...

Hagamos la sencilla vida de los obscuros,
y el esplendor y fausto que resaltar nos haga,
estribe en que tengamos
tesoros de bondad... Hermanos, hombres,
¡de la humildad y del amor, tan sólo,
exista la opulencia!

.....

¡Vedlo en la cruz!... Al mundo,
el esplendor de su bondad, cegara...
¡es el mártir sublime de su amor infinito!...
¡el Dios de la piedad!... Sangra la augusta
corona del dolor sobre su frente,
y, eternamente abiertos,
¡tiende á los hombres los amantes brazos!

Vicente Medina

La canción triste

De aquel hombre extraño
que esta mañana se arremanció,
la gente en un corro
se apiña alreor.

Páece que de tierras lejanas el probe
dista aquí llegó;
tié la barba blanca,
los ojos azules y dulce la vos...
¡los ojos azules y hundíos, que miran
que dá compasión!

De tóico lo que habla,
ni una palabrica siguiá se entendió;
pero entorna los ojos y, triste,
canta una canción...
¡más triste!... ¡más triste!...
¡como nunca de triste se oyó!

Mienta cosas cantando, que náide
por aquello que ice sabe lo que son:
unas palabricas llenas d'amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...

Canciones de la Guerra

pero por el deajo tan triste, ¡tan triste!
llega al corazón,
y es verdá que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tós!

Páece que habla mentando su tierra
y quereres que allí se dejó...
páece que habla d'hijos y que habla de nietos
y de algo que al cielo se llevara Dios...
y se esjarra su pecho en quejíos
ca ves que se vuelve pa ande sale el sol,
y se vé que se mojan sus ojos
¡y se siente que tiembla su vos!

Mocicos y viejos
sienten la canción
del tonico triste,
como nunca de triste se oyó,
y es verdá que nenguno la entiende,
¡pero lloran tós!

Florencia de almendro

Florencia de almendro
más blanca que la nieve...
¡trempanerica caes
al airecico helao de la muerte!...

Al airecico helao,
como las flores,
se van en esta vida
las ilusiones...

Me preguntas si tengo ya novio... Más valiera
que tál nunca pasara...
Con la dichosa guerra, cariño en ande pones
con ilusión tus ojos, á morir te lo mandan...

De los mozos que fueron á la guerra
hay noticias y cartas:
miserias y trabajos y peligros...
De tuícos, menos uno, ya se sabe en sus casas.

De quien no saben es de aquel muchacho
de Benihaján que estuvo una noche en la casa
y le hicieron cantar... Pué que te acuerdes
de lo modoso que era... de lo bien que cantaba...

*

Hoy volvemos de misa...
Como día de Pascua,
se sentía bullicio
y alegría en la plaza...
y ande habían tenío noticias de los pobres
soldaos, se podía leerlas en las caras...

Pero al pasar por frente de ande viven los padres
de aquel muchacho que una noche estuvo en la
no había náide en la puerta (casa,
y dentro se sentía que lloraban...

Tener novio!... ilusiones!...
más valiera que nunca tál pensara...
¡que, á más de probeticos soldaos, van cayendo
las ilusiones muertas por las balas!

Murria

(El soldado enfermo)

¡De fijo mi madre
las horas mortales llorando se pasa!
Ya sabe la pobre
que naíca en el mundo me salva,
que me encuentro malico del pecho,
que día por día las fuerzas me faltan,
que lo mesmo que lus sin aceite,
poquico á poquico, mi vida se apaga...
Yo me pienso que el mal que me acora,
más bien que en el pecho lo llevo en el alma...
Por volver á mi tierra, tan sólo
son tóas mis ansias,
¡y, de hallarme tan lejos, la murria
me coréca y me mata!

.....
¡Llévate esa copa,
no me dés más agua!...
Pa apagar la sequía que tengo,
me tenías que dar una jarra
de aquellas tan limpias
que están corgaícas debajo e las parras...
de aquellas tan frescas
que, gotica á gotica, tresmanan!...

¡Llévate esas flores,
que es muy fuerte su olor y me daña!...
Pa olorcico suave, aquellos rosales,
aquellos claveles, aquellas alábegas...

¡Quítame esta ropa,
que el cuerpo me abrasa!...
¡Pa ropica aquella tan asoleaíca,
aquella tan blanca
que alzaíca me tiene mi madre
en lo hondo del arca!...

.....
¡Me muero! ¡No tengo
ni gelepa siquiá de esperanza!
No es, con tóico y con ello, la pena
que más me acobarda,
que al fin y al remate,
quien muere descansa...

Mi dolor es morirme tan lejos...
Yo quisiá morirme bebiendo aquella agua...
¡pué que el olorcico de los azadares
me resucitara!

.....
Diles que me lleven... ¡diles que me lleven,
aunque llegue ya muerto á mi casa!...
que aquella ropica,
que en lo hondo del arca
alzaíca me tiene mi madre,
me la pongan siquiá de mortaja...
¡que me abrigue mi cuerpo mi tierra!
¡¡mi tierra del alma!!

Sin piedad mandas tus hijos
á la guerra á que se maten...
¡cómo se conoce, patria,
que no eres tú quién los pare!

¡Pobres soldados!

¡Pobres soldados tristes,
de sus hogares lejos!
¡pobrecitos soldados
abatidos y enfermos!...

¡pobrecitos soldados
avanzando y en filas como la miés cayendo!...

¡Pobres soldados víctimas,
agotados y hambrientos!
¡pobres soldados tristes,
vencidos, prisioneros!...

¡pobrecitos soldados
heridos en el alma y en el cuerpo!...

Pobrecitos soldados
atravesado el pecho,
lejos de sus amores,
de sus hogares lejos!...

¡pobres mártires, héroes, sin gloria y olvidados,
¡pobres soldados muertos!...

¡Aquellos enjambres!

Leemos en los diarios que en la región del Yser murieron más de seis mil estudiantes de Berlín, de diecisiete á veinte años de edad.

En esta guerra perecerá — más ó menos — medio millón de hombres en la más bella juventud...

Ante ese sacrificio bárbaro, deberían oírse los gritos de horror de la Humanidad toda, llenando los ámbitos del mundo...

Sin embargo, la mayor parte de la Humanidad casi no piensa en eso, preocupándose más de lo que la guerra afecta á los negocios, al bolsillo... Y hay mucha gente que halló con la guerra modo de no morir de aburrimento...

En el rincón de su hogar gimen las madres; y en las líneas de fuego, todos héroes, los soldados caen como nada...

¡Oh, aquel caer y caer de hombres en la más bella juventud!...

¡Qué de esperanzas, y de alegrías, y de canciones, y de gallardías, y de amorosas ilusiones muertas!...

¡Cortadas aquellas vidas como bello jardín segado en puros botones en flor!...

¡Oh, colmena!... Zumbadoras abejas, enjambres de las aulas, de los campos y fábricas...
¡Oh, juventud, enjambres los del rico panal!...

Juventud, si tú faltas,
habrá muerto la alegría
y su encanto la vida perderá!...

Se alzaron con sus reyes los enjambres...

¡Oh, el alegre zumbido!...
¡Oh, la exquisita miel cálida y dulce!...
¿A donde van?
¿A donde el fuego llevará la ardiente colmena laboriosa?

¡Oh, el gusto de la vida, dulce miel inefable que sin tí, juventud, nos faltará!